



DICASTERIO PARA EL SERVICIO  
DEL DESARROLLO HUMANO INTEGRAL

***La fraternidad: una fuente de inspiración y de renovación para la democracia y la paz***  
*Mons. Bruno Marie Duffé, Secretario DSDHI*

La figura altamente simbólica del "buen samaritano", que cuida del hombre herido y abandonado a la vera del camino, ofrece a la reflexión del Papa Francisco sobre la fraternidad una referencia esencial para pensar en las relaciones fraternas y la vida política. La segunda parte de la Encíclica "Fratelli tutti" (especialmente los capítulos 5 y 6), de hecho, da a la política un lugar decisivo.

Se trata de evitar que la fraternidad se limite al campo de las relaciones interpersonales. La política es el lugar del encuentro, el diálogo y la responsabilidad compartida. Esa la definición misma de la democracia: un espacio donde todos pueden expresarse y participar en la toma de decisiones, para el bien común y la justicia.

La democracia, como proyecto y como práctica política, es la visión de ese mundo "abierto" (cf. capítulo 3 de la Encíclica) que va más allá del mundo "cerrado" de los intereses individualistas y considera al otro, con sus riquezas y debilidades.

"También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Es la capacidad cotidiana de ampliar mi círculo, de llegar a aquellos que espontáneamente no siento parte de mi mundo de intereses, aunque estén cerca de mí. Por otra parte, cada hermana y hermano que sufre, abandonado o ignorado por mi sociedad es un forastero existencial, aunque haya nacido en el mismo país" (Fratelli tutti, Francisco, 2020, n.97).

El espacio democrático es el "lugar abierto" donde el encuentro es posible, donde las palabras pueden ser habladas e intercambiadas sin temor, donde los derechos humanos y los deberes mutuos son honrados y actualizados.

La "amistad social", que es el otro nombre de la fraternidad, la atención y la benevolencia y la búsqueda de la búsqueda correcta, no es una actitud débil sino una postura moral fuerte, que se niega a despreciar al otro - el más débil en particular - y que se abre a la construcción de la "corresponsabilidad".

"Para hacer posible el desarrollo de una comunidad mundial, capaz de realizar la fraternidad a partir de pueblos y naciones que viven la amistad social, hace falta la mejor política puesta al servicio del verdadero bien común" (Fratelli tutti, n. 154).

Esta hospitalidad mutua, propia de la amistad, nos hace sensibles a la *palabra* del otro, al respeto de nuestras *promesas* y a la necesidad de *perdón*, lo que permite no confinar al otro - individuo, pueblo o comunidad - a una imagen tendenciosa o truncada. La hospitalidad, vivida como reciprocidad, arroja luz sobre nuestros proyectos de cooperación internacional y los desafíos de la solidaridad con los migrantes y refugiados, quebrantados por la guerra y la violencia. A este respecto, debemos desconfiar de los populismos que se apropián y a veces confiscan la esperanza popular, con el fin de buscar el poder. La reflexión sobre la pertenencia a la comunidad no puede cerrarse a un comunitarismo sectario y exclusivo.

Por el contrario, debe magnificar la riqueza de la pluralidad social y la oportunidad del pluralismo, que pone en juego la diversidad de enfoques e interpretaciones.

Por encima de todo, el bien común, que exige el feliz despliegue de talentos para el bien de la comunidad, debe considerarse como la condición y el horizonte de la paz. Buscar la paz significa cuidar nuestros lazos, de los derechos humanos que salvaguardan la dignidad de las personas, de nuestra memoria y de nuestra esperanza.

"Ser parte de un pueblo es ser parte de una identidad común, hecha de lazos sociales y culturales. Y esto no es algo automático, sino todo lo contrario: es un proceso lento y difícil... hacia un proyecto común" (Fratelli tutti, n. 158: Extracto de una cita de Antonio Spadaro, *Las huellas de un pastor. Una conversación con el Papa Francisco*, en: Jorge María Bergoglio - Papa Francisco, *En tus ojos está mi palabra. Homilías y discursos de Buenos Aires (1999-2013)*, Publicaciones Claretianas, Madrid (2017), pp.24-25).

Hablar del tiempo y del "proceso lento", de la fraternidad y de la vida política, es inscribirse en un viaje moral que nunca se satisface con el estado actual del mundo. Se trata de una profunda transformación de personas e instituciones. El uno no puede evolucionar sin el otro. Así pues, la paz debe presentarse como el objetivo de la "buena política" (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2019), pero también como la expresión de la caridad realizada.

"La verdadera caridad es capaz de incorporar todo esto en su entrega, y si debe expresarse en el encuentro persona a persona, también es capaz de llegar a una hermana o a un hermano lejano e incluso ignorado, a través de los diversos recursos que las instituciones de una sociedad organizada, libre y creativa son capaces de generar" (Fratelli tutti, n. 165).

La caridad, por lo tanto, no puede reducirse a la mera relación de ayuda y asistencia. Es justicia, esperanza y amor en acción. Esto, es fácil de entender, concierne a las realidades locales y regionales, nacionales, internacionales y de la comunidad mundial. Somos a la vez del mundo y de un pequeño pueblo. En ambas dimensiones (global y local), están en juego la consideración mutua y el futuro de la paz.

"Cualquier compromiso en este sentido se convierte en un ejercicio supremo de caridad. De hecho, un individuo puede ayudar a una persona necesitada, pero cuando se une a otros para crear procesos sociales de fraternidad y justicia para todos, entra "en el campo de la mayor caridad, la caridad política" (Pío XI, Discurso a la Federación Italiana de Universidades Católicas (18 de diciembre de 1927): *L'Osservatore Romano*, 23 de diciembre de 1927) p.3)" (Fratelli tutti, n.180).